

DEMOCRACIA Y ÉTICA CIVIL

José María Mardones

La democracia presupone una serie de valores y comportamientos. Postula un clima o atmósfera moral que facilite su ejercicio y desarrollo, al mismo tiempo que, ella misma, ayuda al mantenimiento de esa moralidad pública compartida entre ciudadanos que denominamos ética cívica o, mejor, civil. En las circunstancias de nuestros días se ha hecho tan evidente la vinculación entre ética civil y democracia que resulta una demanda social. Se solicita una regeneración moral de la política, a fin de que la actividad de los políticos no naufrague en el descrédito, ni arrastre en su caída al sistema democrático.

No estamos, por tanto -si recogemos el clima ambiental de nuestro momento-, ante la necesidad de justificar la unión de ética y democracia, sino de ver cómo se puede lograr una revitalización ética de la sociedad y con ella de la democracia. Cuando esta búsqueda se efectúa en un clima de libertad, reflexión y discernimiento de lo humano en la sociedad presente, ya estamos en la ética civil.

Pero las cuestiones implicadas son muchas. Problemas de dimensiones y alcance que exceden las de un breve ensayo y que exigirán, si no nos equivocamos en el diagnóstico, el esfuerzo intelectual y moral de varias generaciones. Equivale a introducir un estilo humano y social diferente del predominante. Pedimos simplemente una transvaloración de los valores, es decir, llanamente una revolución social profunda. Aquí nos contentaremos con plantear algunos de estos problemas.

Somos conscientes de que en esta vinculación entre teoría y praxis ética aparece una de las muchas paradojas de la democracia: lo que se necesita no se corresponde con las posibilidades reales o previsibles a corto plazo. Además, la democracia se caracteriza por un modo o precedimiento que forma parte de su contextura: lo deseado debe validarse deliberativa y libremente en el foro de la plaza de la opinión pública. ¿Cómo se puede avanzar hoy hacia este reforzamiento ético de la democracia? ¿Dónde están los recursos que la hagan posible más allá de la impresiones desatadas por las noticias del comportamiento poco ético de muchos políticos?

Estos interrogantes nos llevan a plantear una serie de cuestiones serias y debatidas entre los filósofos y sociólogos, analistas sociales y políticos. En primer lugar, acerca del diagnóstico mismo del déficit de moral pública que se advierte y denuncia en nuestra sociedad occidental noratlántica(I). De dicho diagnóstico se desprenderán ya algunas orientaciones para plantear no sólo la necesidad de una ética civil para una cultura democrática, sino algunas orientaciones(II). Y, en tercer lugar, abordaremos algunos de los modos y condiciones para profundizar la libertad(III). Somos afines a aquellos que persiguen el objetivo de procurar una mayor y mejor democracia. Nuestro tratamiento del problema pretende no ser puramente normativo, sino indagar también algunas posibilidades de su realización. Quisiera conjugar, por tanto, la filosofía social y política con la teoría sociológica. Me introduciré para ello en medio de la discusión actual sobre la democracia que sostienen los llamados neoconservadores con los teóricos críticos y los comunitaristas.

1. LAS CAUSAS SOCIALES DE UNA DESMORALIZACIÓN

Hay un clima de pesimismo social y de descrédito de la actividad política que algunos han denominado "el malestar democrático". A ello ha colaborado, sin duda, el conocimiento de las manipulaciones sucias del poder político en la política internacional, tanto de la Guerra del Golfo como de la situación balcánica, que se han reforzado con los comportamientos de la política interior: los tráficos de influencias,

disciplinas de voto, transfugismo, corrupción, etc. (J. Sinova/ J. Tusell, 1990, 38 s.). Pero, mas al fondo se manifiesta un problema social: vivimos un momento de desorientación cultural y valorativa. Analistas como C. Lasch (1991 a, 22) apuntan a una situación de “desmoralización social”, tanto entre conservadores como entre progresistas. ¿A qué se debe esta situación? Al responder a esta pregunta los espíritus se dividen y los diagnósticos apuntan a causas diversas. Aquí mismo se advierten ya las diferencias de perspectiva o ideología que recorren a unos análisis y otros.

1.1. LA CRISIS MORAL DE LA MODERNIDAD

Para los autores que han sido denominados *neoconservadores* el diagnóstico es claro: estamos viviendo una crisis de valores y orientación, porque estamos ante una crisis moral. Esta situación social próxima a la anomia tiene unos antecedentes históricos que hundan sus raíces en lo que D.Bell (1978, 210s) denomina la “contradicción de la sociedad burguesa”. La dicotomía o disyunción que recorre a la cultura burguesa desde sus inicios y que se asienta en la frenética búsqueda de libertad desatada en esta matriz cultural. Dos modos de orientar y lograr la libertad: uno, recorriendo los caminos de la libre iniciativa económica, de la creatividad empresarial sin trabas y que desemboca en la apoteosis de “laissez faire” liberal económico; el otro, agarrado al ámbito cultural y empeñado en alcanzar la liberación mediante la superación de todos los tabúes sociales y de un experimentalismo sin limitación alguna. Liberalismo económico y movimientos culturales como el modernismo, las vanguardias o el postmodernismo señalarían las cristalizaciones históricas y culturales de ambas tendencias. Una tensión de libertad desgarradora de la sociedad, porque se ve animada de un mismo ímpetu con repercusiones sociales diferentes. El liberalismo económico demanda una lógica funcional y unos valores anudados alrededor de la llamada *ética puritana*; el liberalismo cultural expande una racionalidad estético-expresiva que va vinculada a los valores de la autorrealización, la autoexpresión y el hedonismo.

La visión y diagnóstico histórico neoconservador se completa con un juicio acerca de la situación cultural actual. Nos hallamos en un

momento de agotamiento de las tendencias experimentalistas. No hay ámbitos que destabuizar y la estética del schok parece haber alcanzado su climax y su impotencia. Pero ha ocurrido un fenómeno social digno de ser tenido en cuenta y de graves repercusiones: el orden cultural actual está dominado por la generalizada expansión del tipo de valores propugnados por los experimentalistas estéticos. Su incidencia sobre el resto de los órdenes sociales va a ser decisiva.

Se da un choque entre estas dos lógicas de la realización civilizacional burguesa, institucionalizadas ya en los respectivos órdenes sociales. De esta manera la visión histórica deviene situación estructural: el orden tecno-económico se ve minado en sus fundamentos éticos y normativos por el socavamiento valorativo del orden cultural regido por un relativismo radical y un esteticismo presentista. La ética puritana, fundamento moralista, zozobra en las aguas modernistas y postmodernas que son prevalentes en el momento actual. La crisis cultural se ve claramente que es una crisis moral, de valores y orientaciones normativas: una carencia dejada por el desfallecimiento de la ética puritana ante los efectos de la erosión del experimentalismo cultural.

La respuesta coherente con este diagnóstico trata de recuperar la salud de la ética, que para los NC será la ética puritana del respeto al orden, la jerarquía, el trabajo institucionalizado, la dilación del goce, la referencia a una trascendencia, etc. Y como analistas sociales que son, no se contentan con esta llamada abstracta, sino que propugnan los caminos concretos de esta recuperación moral mediante el recurso al fortalecimiento de los elementos reproductores y transmisores de los valores y las normas, de las tradiciones y las orientaciones normativas: *las estructuras intermedias* o asociaciones de carácter voluntario o social como la familia, la escuela, la parroquia, el barrio, las asociaciones voluntarias de diverso tipo. Se trata de fortalecer la red asociativa allí donde el individuo se halla en relación intersubjetiva y en contacto con los canales de la tradición. Una visión que encuentra su reduplicación entre los comunitaristas y los teóricos críticos, signo de que apela al lugar social más sensible de la reproducción y la transmisión moral de los valores. La propuesta se completa con toda una actitud de precaución y control político de los excesos democrático-participativos que pueden

dar al traste con la misma democracia (Huntington, 1975, 61s). Democracia representativa, élites que saben conducir adecuada y rectamente a las masas, control del relativismo de valores y el fortalecimiento de la ética puritana a través de las estructuras intermedias, es la terapia político-moral propugnada por el neoconservadurismo.

1. 2. LA COLONIZACIÓN DEL MUNDO DE LA VIDA POR EL SISTEMA

Frente al diagnóstico neoconservador se alza el de los teóricos críticos y comunitaristas. Sobre todo serán los teóricos críticos los que ofrezcan un análisis social más estructural y apurado de la situación. Aceptan lo pertinente de la llamada atención neoconservadora acerca de la desorientación normativa y del debilitamiento de los ideales solidarios en nuestra sociedad moderna. Pero la causa la ven situada en otro lugar. En vez de mirar hacia la cultura, miran hacia los sistemas tecno-económicos y burocráticos o de la administración pública del Estado moderno. Es decir, colocan el "cáncer" de nuestra sociedad occidental en los subsistemas de la acción funcional derivada del desarrollo moderno capitalista. En el predominio de la racionalidad funcional está la raíz de, desecamiento de las tradiciones que vehiculan el sentido y de la desertización de las relaciones intersubjetivas, matriz de la creación de valores. Se explica que nuestra realidad social y cultural sea pobre en valores solidarios, comunitarios y en capacidad para ver las necesidades comunes en nuestra sociedad y predomine un individualismo consumista y posesivo (R. Bellah, 1989, 264): la razón hay que verla en el predominio de las prácticas sociales inducidas por los dos sistemas representativos de la racionalidad estratégica y funcional. Mas aún, desde esta situación de prevalencia social de lo funcional se expanden unas prácticas sociales que penetran en campos no propios de la racionalidad funcional o instrumental. De esta manera el predominio social del punto de vista y las actitudes funcionales se transforma en colonizaje de espacios humanos y sociales que pertenecieron en otro momento a la razón práctico-moral. La política cae en manos de estrategas y técnicos, se hace cada vez más cosa de expertos y profesionales; se olvida su dimensión ética. El saber científico-técnico funciona como ideología legitimadora de una reducción del espacio de

la discusión y sometimiento de las decisiones políticas a la opinión pública. El resultado es un empequeñecimiento de la política, su sustracción de la discusión y su apartamiento de la ética.

Pero el proceso de invasión de lo funcional es general en el ámbito de la cultura o mejor, del mundo de la vida, allí donde se dan los encuentros interpersonales y la intersubjetividad va fraguando- a partir del legado cultural tradicional- el sentido de la vida personal y colectiva. Ámbitos como la educación, la familia, la sexualidad, son despojados de su riqueza intersubjetiva y avanza el tratamiento técnico, instrumental, que los va funcionalizando. El empobrecimiento de valores y de orientación normativa y de sentido, es la consecuencia de esta invasión imperialista de unos sistemas y de su lógica en casi todos los espacios vitales y sociales. A. Touraine ha llegado a decir contemplando la penetración del mercado en las relaciones humanas y sociales que son las relaciones mercantiles las que sostienen esta sociedad. Y R. Bellah ve en el mecanismo del precio, del dinero, que aplicamos como forma simplificadora del trato en nuestras relaciones, una maniobra de distracción colectiva al servicio de la lógica de la explotación (1991, 264s.).

Se comprenderá que, a partir de este análisis y diagnóstico, las propuestas de los teóricos críticos vayan encaminadas a ver cómo embridar a dichos sistemas y someterlos a sus justos límites. Sin olvidar la potenciación de los ámbitos donde pueden crecer la opinión y voluntad pública política, la solidaridad y la responsabilidad. Concretamente en este punto señalan la importancia de las relaciones asociativas libres creadas sobre la base social de lo que se ha denominado la *sociedad civil* (C.Offe, 1989,755s.; J.Habermas, 1992a, 21; 1992b,443s.; Walzer 1992,31; 1994).

Llaman la atención de esta confrontación entre neoconservadores, teóricos críticos y comunitaristas dos aspectos: a) la coincidencia en el diagnóstico acerca de las consecuencias negativas para la democracia, aun cuando difieran en el análisis de las causas; b) el apuntar a la recuperación y fortalecimiento de las estructuras intermedias de la sociedad civil como un modo de ganar integración social solidaria y comunidad ética, aunque, como cabe esperar, los énfasis y la orientación

sean diferentes en unos y otros.

Queremos profundizar un poco más en estos dos elementos. Señalaremos así el porqué de la necesidad de la ética civil para la democracia y cómo podemos impulsar su saneamiento. Pero, antes, para dar cuenta, al menos, del panorama que tenemos en nuestros días, conviene recordar a los que propugnan la tesis contraria a la aquí expuesta: los partidarios de una política sin moral o de una deseticización de la política.

1. 3. LOS NUEVOS ESCÉPTICOS

Recogemos de O.Hoffe (1991, 302s) esta denominación que engloba a postmodernos como J.F Lyotard (1983) y R.Rorty (1989), teóricos de sistemas como N.Luhmann (1988) y aun conservadores como H. Lübbe (1987). Mientras Lyotard y Lübbe propugnan una desmoralización (o no moralización) relativa de la política- uno por miedo a la tiranía de los valores fuertes o con pretensiones absolutas; el segundo, preocupado por los peligros de un moralismo político-, Rorty y Luhmann son los representantes de una des-moralización radical. Rorty quisiera superar la moral en la política mediante la distinción entre moral y habilidad; Luhmann, a través de una concepción superdiferenciada de la sociedad en sistemas autorreferenciales que permiten comprender el sistema político como autolegitimado, sin necesidad de apelar a otro (Moral) (Habermas, 1992 b, 406s).

No vamos a entrar aquí en una refutación de tales posiciones. Bástenos, como estrategia, mostrar la actualidad de los roles sociales que solicita la moral en la política.

En primer lugar, recordar el papel asignado a los derechos humanos como elemento dignificador y legitimador de una política. A la altura de nuestro tiempo, no se acepta la legitimidad de una política, aunque solo sea de derecho, si no se ve avalada por el respeto a la dignidad moral de la persona y el respeto a los derechos humanos fundamentales.

En segundo lugar, la función de la moral ante los problemas de relación, e interacción que presupone una sociedad altamente diferenciada, con racionalidades distintas y con validez propia, operantes en su seno. De manera inevitable se plantean problemas de articulación

y relación que implican problemas morales. Citemos a título de ejemplo los problemas de la investigación genética y de biomedicina en general; los problemas suscitados por el desarrollo industrial y económico y su relación con el medio ambiente. Cada vez más los problemas de hoy y de mañana serán problemas de relaciones e interconexiones, es decir, serán inevitablemente problemas de sentido y su tratamiento supondrá una reflexión ética fundamental con especial aplicación a las tomas de decisión sociales y políticas. La sociedad más avanzada incluso con técnicas organizativas sofisticadas, lejos de marginar a la ética le ofrecerá la posibilidad y tarea de responder con su palabra iluminadora y humanizadora.

En tercer lugar, se reacciona hoy en nuestra sociedad con indignación e impotencia ante la corrupción de los políticos y los abusos del poder político. La demanda de una regeneración moral de la política es una exigencia social ante una situación que ha llegado a poner en peligro el crédito de la misma actividad política democrática.

Finalmente señalemos la conciencia -que parece iniciar una andadura más firme tras el decenio neoliberal de los ochenta- de las limitaciones del mercado como principio constructor de un nuevo tipo de sociedad. La indispensable solidaridad que se ansía para solucionar el problema de las minorías excluidas y de las mayorías satisfechas en una sociedad de consumo (J.K.Galbraith, 1992, 151s) requiere cambiar no solo la práctica económica, sino modificar las ideas y los comportamientos (A.Touraine, 1993, 11). Es decir, se requiere volver a rehacer o reencontrar la imagen social de nuestras sociedades. Y éste es un problema de imagen del mundo, de orientación de sentido y de valores.

La política con sensibilidad moral, más que estar devaluada, se presenta hoy con una necesidad y urgencia como hacia mucho tiempo no ocurría. Incluso muestra la necesidad de potenciar una regeneración moral de la sociedad. En esta línea tratamos de reflexionar sobre el puesto y las funciones de una ética civil para la democracia.

2. ÉTICA CIVIL Y CULTURA DEMOCRÁTICA

¿Qué es lo que se echa de menos en esta sociedad cuando se habla de un debilitamiento de la ética (civil)? ¿No posee una sociedad organizada democráticamente los elementos institucionales, jurídicos e ideológicos para hacer superfluos los recursos a la ética? ¿Y en qué consiste la aportación de dar algunas respuestas a estos interrogantes? Atisbamos ya que detrás de los mismos se dan cita diversos modelos o concepciones de la democracia, es decir, del modo como se entiende al ciudadano, la relación con el aparato del Estado, las funciones intermedias entre sociedad y Estado, etc. Comenzaremos aclarando el concepto de ética civil que estamos utilizando.

2. 1. LA ÉTICA CIVIL

Cuando hablamos de ética civil estamos haciendo referencia a un concepto o constructo que se ha generado en la sociedad democrática y pluralista: expresa el deseo y proyecto de convergencia y espacio común para las diversas opciones valorativas que operan en una sociedad pluralista y libre; le guía el ideal de una base común, respetando la pluralidad de matices, para asentar una sociedad justa, libre, humana y racional.

Desde el punto de vista de las funciones sociales una ética civil estaría encargada de mantener el aliento o espíritu ético, es decir, la capacidad de protesta y utopía, en una sociedad y civilización en la que -como hemos visto- imperan las razones funcionales e instrumentales y decrecen las preguntas sobre los fines y los significados últimos de la existencia humana personal y social. En segundo lugar, se le adscribe a la ética civil la tarea de unir a los diferentes grupos y opciones, creando un espacio de encuentro o moral ciudadana, dentro del respeto al necesario pluralismo en pro de una generalización de intereses humanizantes en la sociedad. Finalmente, sería tarea social de la ética civil desacreditar éticamente a aquellos grupos, comportamientos y proyectos sociales que no respeten el mínimo moral común postulado por la conciencia ética general (M. Vidal, 1991, 237-38; J. Muguerza, 1988, 231s.)

2.2. EL PROYECTO COMUNITARISTA - REPUBLICANO DE UNA COMUNIDAD ÉTICA

Entre los modelos de democracia que se presentan hoy en día, en polémica con el prevalente modelo liberal defendido por neoconservadores y neoliberales, el modelo comunitarista o republicano es el que mayor énfasis pone en la necesidad de la ética para la democracia. En realidad la concepción republicano-comunitarista entiende la sociedad como un conjunto de ciudadanos libres e iguales que se encuentran en un espacio público (político) donde se tornan conscientes de su recíproca dependencia y configuran con voluntad libre y conciencia reflexiva unas relaciones de reconocimiento recíproco. Como se advierte, la política aquí es mucho más que pura administración y coordinación estratégica de intereses privados. Es un proceso de integración social sobre la base de una autonomía personal abierta al entendimiento o consenso con los demás ciudadanos. El espacio público político se configura sobre esta base de relaciones asociativas libres y voluntarias. En el fondo late la concepción democrático-radical de una autoorganización de la sociedad mediante ciudadanos unidos comunicativamente (Habermas 1992a, 20: 1992b, 43s.). La formación democrática de la opinión y voluntad común se fragua en un proceso ético. Es la autocomprensión de los fines y necesidades, de los valores, del bien común para todos, lo que está en juego. De aquí que haya que entenderse acerca de sí mismos, de la sociedad que se quiere, de los proyectos que se avalan y los que se desechan, etc. La sociedad deviene una gran comunidad ética. Hay una gran concentración ética de la política en esta concepción.

Presupone unos ciudadanos muy participativos, responsables y solidarios (R. Bellah, 1991) que justamente les permite ser lo que se acepta que son: libres e iguales, configuradores de una comunidad de libres e iguales.

2.3. EL CONCEPTO DE POLÍTICA DELIBERATIVA

La fuerza y debilidad de la propuesta comunitarista-republicana yace en el ideal ético que presupone. Requiere individuos con altas virtudes republicanas, capaces de interés solidario y sacrificio por los

demás, de posponer sus intereses particulares en bien del de la colectividad. Exige una sociedad que semeja una forma de vida intersubjetivamente compartida. En el límite -como dice expresivamente Habermas (1992a, 20)- supone una solución ética de los discursos políticos.

Se desconoce, parece, el pluralismo cultural y social de nuestras sociedades y la imposibilidad de dar una respuesta mediante discursos éticos a las orientaciones e intereses diversos. Se necesita aceptar el equilibrio o compromiso. No esperar que los ciudadanos en su conjunto sean capaces de una acción colectiva. Más bien, se necesitan unas reglas de juego, que respetadas por razones distintas, pueden procurar un equilibrio de intereses y compromisos. Es decir, conjugar la justificación moral con la coherencia jurídica, la política dialógica y la política instrumental. En suma, una concepción deliberativa de la política acepta que la formación de la voluntad común se realiza por los caminos de la ética y de la elección racional de los medios; un procedimiento democrático que acepta una conexión entre negociaciones, discursos de autoentendimiento y discursos relativos a cuestiones de justicia (Habermas, 1992a, 20; 1992bm 426s).

En esta concepción, se quiere conceder un puesto especial a la formación de la opinión y de la voluntad común -como sucede en la concepción comunitarista- al mismo tiempo que potenciar con realismo la estructuración del Estado en término de Estado de derecho. Defender un concepto de sociedad civil como base social de espacios públicos autónomos, conexo con los sistemas de la acción económica y de la administración pública. El problema radicara en como hacer frente y controlar a los poderes del dinero (sistema económico) y del poder (sistema administrativo) desde la solidaridad y los procedimientos democráticos de la opinión y la voluntad política, institucionalizados en el Estado de derecho.

Si quisiéramos sintetizar lo ganado a través de esta breve y simplificada presentación de los modelos republicano y deliberativo de democracia (frente al prevalente del neoliberalismo y neoconservadurismo), tendríamos al menos las siguientes consideraciones: a) la fuerte connotación normativa, ética, que tienen

estos modelos de democracia, aunque mas débil en el modelo deliberativo que en el republicano; b) en ambos modelos, advertimos el puesto central que se concede a la formación de la opinión y voluntad común, a la acción comunicativa a lo largo y ancho de los espacios públicos autónomos y a las instituciones democráticas. Vemos que hay una continuación entre el diagnóstico efectuado de la situación de nuestro tiempo y la propuesta de modelo democrático. El problema que avistamos, si queremos ir mas allá de las puras propuestas normativas, es intentar ver si existen puentes para hacer viable el paso del modelo a la realidad; de la necesidad de solidaridad para la integración social y de valores de atención y orientación al bien común, con instituciones que satisfagan estas demandas. Será la parte tercera de nuestro análisis de la relaciones entre ética cívica y democracia. ¿Dónde y cómo se producen los valores solidarios y las orientaciones hacia el bien o bienes comunes sociales (ética civil) que solicita el funcionamiento democrático? Un tema muy vinculado a la teoría sociológica.

3. ÉTICA CÍVICA Y SOCIEDAD CIVIL

Hay una respuesta que recorre, con rara unanimidad, a todos los analistas de la situación socio-política actual: la regeneración moral de la política vendrá de la mano de una potenciación de la llamada sociedad civil y todavía más concretamente, como veíamos más arriba, de la revitalización del asociacionismo voluntario a través de las estructuras intermedias. Nos vamos a detener en estas propuestas para intentar ver su razón de ser y la coherencia que presentan con el modelo democrático. Y lo que es más interesante, reflexionar brevemente sobre su aportación a un proyecto de radicalización democrática: las posibilidades de una reconstrucción de la trama asociativa para una revitalización de la ética civil y de los comportamientos democráticos.

3. 1. TRAMAS ASOCIATIVAS Y SOCIEDAD CIVIL

¿Dónde se produce y reproduce el espíritu cívico? Esta es la cuestión candente en un momento en el que parece predominar la visión hobbesiana de la sociedad. La respuesta va de la mano de la vida

asociativa. Se reconoce que se ha despreciado la trama a través de la cual se produce la ayuda cívica, la cooperación cotidiana y el ciudadano como agente social. Las tramas sociales que van desde los sindicatos a las iglesias, de los partidos y movimientos a las cooperativas, de las asociaciones de vecinos, a las sociedades de consumidores o preventivas, de los clubs promotores de la cultura a los de recreo o deporte, constituyen el entramado social en el que se anuda el espíritu o cultura democrático. A partir de la ilustración escocesa y de Hegel se ha denominado "sociedad civil" a este espacio de asociación humana sin coerción; al conjunto de relaciones formadas en nombre de la familia, la fe, los intereses y la ideología (Walzer, 1992, 31; R. Dahrendorf, 1992, 565s.; J. Cohen/A. Arato, 1989, 493s; Offe, 1989, 755s.; Habermas, 1992b, 443s.). Es el espacio que surge en el siglo XVIII entre la vida privada y la autoridad pública. Presenta, como característica, un nuevo tipo de opinión pública (*Offentlichkeit*) fundada en la libre asociación y la comunicación razonada entre individuos libres e iguales (Habermas, 1981, 88s; 1994, 3s). Fue una categoría de la sociedad burguesa que tuvo una gran incidencia en la vida cultural, social y política. Sin ella es imposible entender la democracia liberal. Actualmente es recuperada, tanto en el Este (E. Górski, 1994) como en el Oeste, para superar el estrechamiento de lo social y de lo político y, sobre todo, como posibilidad para fortalecer la vida asociativa y la responsabilidad ciudadana.

Pero, ¿cómo se relaciona la sociedad civil con la reconstrucción moral de la sociedad y la ciudadanía?

3. 2. SER PERSONA Y CIUDADANO

Las personas somos seres que nacemos dentro de una comunidad y tradición, como enfatizan hoy los comunitaristas contra el esquema individualista liberal (Bellah, 1985, viii; Walzer, 1990, 7s.; C. Thiebaut, 1992, 47s; A. Etzioni, 1993, 1s; Ch. Taylor, 1994, 32s.). La retórica del liberalismo parece desconocer que los seres humanos se socializan en un mundo que es el de sus padres o de los que ejercen como tales. Este mundo subjetivado mediante fuertes fenómenos de identificación, le permiten a la persona (niño) acceder mediante el lenguaje, los otros

significativos (Mead) y las prácticas sociales a un mundo con sentido, con orientación y valores. No hay modo de llegar a ser persona, sujeto responsable y con una identidad social, si no es mediante este proceso de internalización de un mundo determinado, con una memoria, una lengua, una historia, unas tradiciones, unos valores.

Se plantea inmediatamente el problema del proceso comunicativo de la socialización, de la transmisión cultural, de la preservación y renovación de las tradiciones, solidaridades, identidades, etc. Es decir, accedemos a lo que en sociología se denomina la comunidad y la dimensión institucional de la sociedad. Ser seres sociales equivale ahora a reconocernos seres que pertenecemos a una identidad colectiva, vivimos en una tradición, una cultura con un entramado de instituciones: un tipo de familia, de escuela, de religión, producción,...

Vemos, por tanto, que la socialización humana requiere un ámbito donde se da una especie de transformando implícito de tradiciones y de orientaciones y modos de hacer que embeben la lengua y las actuaciones de los individuos en su vida diaria. Se suele denominar *mundo de la vida* (*Lebenswelt*) a este ámbito. Posee, como hemos visto, una dimensión lingüístico-simbólica y otra más institucional. Varía la terminología según los autores, pero parece que habría que hacer corresponder con el concepto de sociedad civil a esta dimensión institucional del mundo de la vida (J.Cohen/ A. Arato, 1989,495; Habermas, 1989,493s.).

Este mundo de la vida o acervo lingüísticamente organizado de supuestos de fondo, se produce y reproduce en la interacción comunicativa a través del habla común. Al coordinar sus acciones los participantes a través del reconocimiento intersubjetivo, se apoyan en sus pertenencias a grupos sociales, y refuerzan simultáneamente la integración de estos; gracias a las interacciones con sus personas de referencia, el niño internaliza las orientaciones valorativas de su grupo social y adquiere capacidades generalizadas para actuar. Estamos ante la fuente de la vida moral para los individuos y las colectividades. Sobre esta base se configurara el acervo de visiones, nociones y comportamiento, el horizonte, que proporcionan los ideales éticos de una sociedad. Este modo de entender y vivir la realidad social forma el sustrato de la ética civil.

El mundo de la vida presupone la acción comunicativa. Un mundo, que posee unos componentes estructurales (la reproducción cultural, la integración social y la socialización, o "cultura", "sociedad", y "persona") que tienen su evolución. No es lo mismo la sociedad civil tradicional que la moderna. En la modernidad ha acontecido una racionalización del mundo de la vida, que, por ejemplo, permite que la integración social se pueda realizar más como coordinación comunicativa que como una estructura heredada de valores sustanciales (*Sittlichkeit*). La sociedad civil actual es capaz de un pluralismo institucional, de una crítica y de un aprendizaje de valores y normas, como antes no existió (Cohen / Arato, 1989, 496). Este hecho está lleno de consecuencias morales y políticas. Dado que la sociedad y cultura moderna se ha vuelto más reflexiva, quiere decir que la coordinación de intereses y la determinación de las formas sociales se hará cada vez más por medio de la discusión y persuasión y no apelando a una imagen del mundo definida tradicional o autoritativamente. Serán los diferentes grupos sociales los que tienen la posibilidad de participar en la presentación normativa de la política, en la representación simbólica de sus expectativas y en la determinación de sus metas y medios. Referido a una ética civil quiere decir que se apoyará en unos valores compartidos estimados reflexiva y críticamente.

Las consecuencias políticas de un fortalecimiento de la sociedad civil no se hacen esperar: revitalizar las relaciones asociativas en contextos no autoritarios de libre interacción, equivale a estar produciendo y reproduciendo en cada situación las identidades, las nuevas normas sociales, las nuevas solidaridades, es decir, democratizando a nivel profundo la sociedad. Se están poniendo a producir la estructura normativa de los derechos fundamentales que constituyen la condición *sine qua non* de la sociedad civil: respecto a la reproducción cultural, los derechos de libertad de pensamiento, expresión y comunicación; referidos a la integración social, los derechos de asociación y reunión; y respecto a la socialización, los derechos a la inviolabilidad de la persona, a su intimidad y privacidad. Y se están creando las condiciones para la producción de las orientaciones básicas comunes respecto a los objetivos y necesidades de una colectividad. Es decir, estamos generando una ética civil acorde con el espíritu

democrático. La sensibilidad ética que pone en primer plano la dignidad absoluta de la persona humana, la libertad como primer atributo de la persona, el respeto al pluralismo y la diferencia, la necesidad de razonar las opciones, la igualdad y la participación, son algunos de los elementos o exigencias éticas que se van configurando en este ejercicio democrático.

Sin tales catalizadores institucionales de identidad y de socialización tampoco se dan las condiciones para el potencial moral en una sociedad. La función catalizadora de estas relaciones asociativas libres, que frecuentemente se realizan en asociaciones intermedias, desencadenan las preguntas por la justicia y la solidaridad, o por el orden social de preferencias, por limitaciones comunes necesarias, etc. Claro que, como ocurre con todo lo social y lo humano, nunca se está al abrigo de tergiversaciones o de estrechamientos localistas en los planteamientos de la justicia y la solidaridad. Como conocemos por la dramática historia europea del siglo xx, la sociedad civil se tiene que proteger tanto contra el poder político-económico, como contra las presiones de la tribu, de la tradición y la nación (A.Touraine, 1994, 219).

Pero ¿hemos solucionado con ello los problemas de nuestras sociedades democráticas? ¿No vemos al comienzo que la desecación de la solidaridad y de las relaciones asociativas viene causada por la penetración colonizadora de las relaciones burocráticas y de mercado en toda nuestra vida (mundo de la vida)? ¿Qué puede hacer -si es posible- el fortalecimiento de la sociedad civil y de una ética cívica frente a estos problemas estructurales?

3. 3. EL MODELO MUNDO DE LA VIDA Y SISTEMAS

La teoría de sistemas nos ha ayudado a percibir mejor la complejidad social actual. Junto al mundo de la vida, y autonomizados de él aunque no totalmente independientes, se alzan hoy una serie de mecanismos anónimos dotados de una lógica propia que llamamos sistemas. Hay dos particularmente que han cobrado una importancia e influjo extraordinario en nuestras sociedades: el subsistema de la acción económica o simplemente economía y el subsistema de la acción administrativa o política. Son conjuntos de prácticas institucionalizadas que gobiernan un tráfico social enorme y que no se rigen por mecanismos lingüísticos,

sino por una interacción dirigida por el dinero y el poder, de acuerdo a una acción funcional o estratégica de "medios racionales de acuerdo a fines". El diagnóstico de Habermas es que, con esta concepción dual de sociedad o a dos bandas (sistema y mundo de la vida), se puede explicar de modo sofisticado los logros y expectativas de nuestra sociedad, así como sus unilateralidades y contradicciones. En concreto, explica a través de la monetarización y burocratización de las relaciones sociales el empobrecimiento moral de nuestra sociedad y el riesgo que corre la democracia y la sociedad entera (U.Bech, 1993).

Su propuesta de revitalizar la sociedad civil y la opinión pública como modo de profundizar la democracia, no pretende, con todo, tener una incidencia directa sobre el sistema económico y político. No es posible dado que se mueven en otra lógica. Como ha recordado varias veces, no tenemos otra economía u organización burocrática que salte la lógica funcional. Una democratización de estos sistemas solo será posible "desde fuera" (Habermas, 1991, 54). Hay que embridar u orientar los objetivos del mercado o el poder desde propuestas no puramente instrumentales o de eficiencia, rentabilidad, estrategia, etc, sino desde orientaciones práctico-morales y de estilos de vida que vendrían señalados por las interacciones asociativas que tienen lugar en la sociedad civil, sin desconocer, por supuesto, los condicionamientos objetivos del funcionamiento del sistema económico y político. C. Offe, en esta misma línea de influjo indirecto, dirá que la democratización de los sistemas será posible sólo mediante un proceso de auto-limitación (1989, 758). Y esto supone que el déficit de autoregulación que poseen los sistemas económico y burocrático, tiene que ser compensado por una "ética de la responsabilidad" de las masas, no sólo de las élites y de los expertos. Se requiere un "sentido común" (*Gemeinsinn*) que pueda solucionar los problemas morales que surgen en el ámbito de la sanidad, la educación, el consumo, la circulación, las relaciones entre sexos, entre generaciones, inmigrantes y autóctonos, etc. Sólo a través del dinero o mediante normativas burocráticas no se resuelven estos problemas. La dignidad humana y su fragilidad no es tan solo una cuestión de medios materiales. Mucho menos lograremos la contención social y ecológica de la economía de mercado o la burocratización de

las relaciones humanas sin una moralización, que hunde sus raíces en la solidaridad que nace del mundo de la vida y fermenta en la formación de la opinión pública y la voluntad de carácter democrático-radical. Así mismo, necesitamos también unas normas cívicas para limitar y organizar la fragmentación sectaria de nuestra sociedad moderna (Touraine, 1994, 287).

Hay que tener en cuenta, además, cuando se plantea con realismo el influjo moral de los motivos de justicia y solidaridad, los contextos institucionales donde operan. El estilo de actuación de las instituciones y su modo de vincularse con el sistema también cuenta. Las instituciones intermedias pueden servir para fines anti-igualitarios o para mantener un *status quo* puramente conservador, como prueban las propuestas neoconservadoras (P. Berger/ J.R. Neuhaus, 1977). No es el mismo el impacto y aportación política de los motivos solidarios y de justicia a través de las mediaciones del sindicalismo británico (preocupado casi exclusivamente de los intereses distributivos) que el sueco (muy centralizado y vinculado a la política socialdemócrata) (C. Offe, 1989, 768s). No siempre la formación informal de la opinión pública desemboca, como sería de desear, en decisiones electorales institucionalizadas, en resoluciones legislativas o, en general, en poder empleable en términos administrativos positivos. La razón hay que encontrarla en las numerosas mediaciones institucionales que hacen de puente entre la red asociativa de la sociedad civil y el sistema político o económico.

3. 4. EL MODELO DE INTEGRACIÓN SOCIAL DE B. PETERS

J. Habermas, en su última gran obra (1992b, 429s) avanza un modelo tomado de B. Peters (1993, 9.2), mediante el que sugiere los vínculos y mediaciones de la sociedad civil moderna con el núcleo del sistema político administrativo.

Si quisiéramos visualizarlo, tendríamos un *centro* formado por las instituciones que rigen el sistema político: gobierno y alta administración, parlamento y política de partidos, Consejo del poder judicial. Hay alrededor de este centro una *periferia interna* constituida por la serie de instituciones que se vinculan con el funcionamiento de las del centro,

por ejemplo universidades, cámaras de comercio, fundaciones, sistema de seguridad social, etc. Este ámbito nuclear está rodeado por una *periferia externa* que está estructurada entre proveedores del sistema y clientes del sistema. Aquí, en el lado de los proveedores, se hallan la serie de asociaciones y grupos de intereses culturales, religiosos, filantrópicos, humanistas, que, sin estar directamente vinculados con el parlamento o la administración, se ocupan de cuestiones referentes a la justicia, la libertad o la solidaridad y hacen llegar sus necesidades y demandas a los partidos y órganos de la propuesta de leyes, etc. Son instancias de formación de opinión pública y de influjo general sobre otras asociaciones más especializadas. Constituyen la infraestructura de la sociedad civil para la formación de la opinión pública. Ayudan a la formación de necesidades, a la apertura del sistema político, a la realización de propuestas políticas concretas, además de vigilar el cumplimiento práctico de los principios constitucionales.

Este modelo nos da una idea de la complejidad y problemas que pueden surgir en las mediaciones entre centro y periferia. Advertimos cómo la idea de la legitimación democrática es bastante más complicada que su puro planteamiento teórico. Y somos conscientes de que una profundización democrática en la línea de una política deliberativa, depende fuertemente de la capacidad normativa, de las visiones y orientaciones valorativas de la periferia; es decir, de las relaciones asociativas y de la formación de la opinión pública en la periferia o sociedad civil. Vimos ya como la vitalidad de esta sociedad civil está ligada a los procesos de un mundo de la vida racionalizado. Se puede estimular bajo la acción comunicativa este mundo de la vida, pero no se puede manejar a voluntad. Tiene sus límites internos (Habermas, 1992b, 434-35)

Necesitamos, como dirá R. Bellah y otros comunitaristas, asociaciones y grupos, nuevos movimientos sociales, que impulsen una "política generativa" del cultivo humano y moral (R. Bellah, 1991, 276): la tarea de educar a ver las necesidades en esta sociedad, a participar e implicarse en los problemas sociales, a discutir y debatir los conflictos, a preocuparse por algo más que los propios intereses. Sin un cambio moral, una moral del cultivo de estas actitudes y valores, Bellah no ve posible la tercera

transformación democrática (R.Dahl, 1992) que pide hoy nuestro sistema. Necesitamos, como repetirá Touraine (1994,280) "centrar nuestra vida social y cultural sobre el sujeto personal, volver a encontrar nuestro papel de creador, de productor y no solo de consumidor. De ahí la importancia creciente la ética".

3. 5. UN IMPULSO ÉTICO CIVIL A LA DEMOCRACIA

Llegamos al punto en el que vemos la exigencia mutua existente entre democracia y ética civil. La ética civil expresa el nivel ético de una sociedad; la cota de aceptación moral mas abajo de la cual no puede situarse ningún proyecto valido de sociedad. Hoy solicitamos una elevación de nivel para superar lo que nos parece una laguna en la historia de nuestra sociedad. Una sociedad democrática, deliberativa, no puede aceptar las lacras morales que acompañan a la administración pública, ni los peligros y carencias que induce el predominio de las relaciones de mercado, ni los riesgos que entrañan la ciencia, la técnica, la economía y la burocracia actuales (U.Beck,1993). Advertimos una cierta coincidencia en las propuestas regeneradoras de la moral política y social: una actitud de reserva ante el poder del sistema político administrativo (Touraine, 1994,157) y la búsqueda no solo de equilibrio sino de superación de las tendencias negativas de la lógica utilitarista y funcional, mediante la potenciación de la sociedad civil, auténtico *reservoir* de las capacidades morales de la sociedad.

A la que juzgamos la mejor reflexión político moral actual, no le faltan razones para presentar incluso la utopía de la construcción de la conciencia de la humanidad como una expectativa a lograr por esta vía. Pero sabemos también del desvalimiento de la ética en la realidad, aunque ahí radica su fuerza y atractivo. Con todo, la estrecha vinculación entre ética civil y democracia, quiere decir que toda auténtica reflexión política está contribuyendo ya a la regeneración moral de la política.

3. 6. ¿INDICIOS ESPERANZADORES?

¿Dónde se muestran hoy indicios de la existencia de un movimiento social que asuma alguna de estas propuestas de profundización moral de la democracia?

Algunos síntomas son perceptibles de modo negativo: el debilitamiento y aun descomposición de las instituciones políticas tradicionales (procedentes de la sociedad industrial), por ejemplo, el declive de las pasiones políticas anudadas al voluntarismo político y el rol de los partidos políticos. ¿Es sólo desfallecimiento utópico postmoderno e inadecuación organizativa? ¿No estamos más bien ante el anuncio de un cambio: las nuevas formas de asociación (asociaciones voluntarias, ONG, movimientos de opinión, mass media)? ¿No están significando la aparición de una dimensión de la esfera pública donde se llevan a cabo los debates de las demandas sociales? ¿El surgimiento del atractivo de los nuevos movimientos sociales -con todas sus debilidades- que movilizan principios y sentimientos, no son referentes de acción colectiva respecto a determinados derechos y especialmente al derecho a la comunicación y a tener derechos como exigencia política? ¿No advertimos que tras los nuevos movimientos sociales se da una tendencia a cambiar la vida, a la defensa de los derechos humanos, a la libre expresión y elección de un estilo de vida y una historia personal? Sus objetivos son más culturales que económicos (aquí, quizá, radique su fuerza y su debilidad). Hay un fundamento moral en la contestación social de estos movimientos. Un internacionalismo fundado en la solidaridad con los pueblos pobres y las víctimas de la segregación y la intolerancia; con la defensa de la naturaleza y de la igualdad de sexos, razas. Una movilización de temas morales y derechos fundamentales de la persona, de los pueblos y de la especie humana.

Desde este punto de vista, se puede diagnosticar cuál es la contradicción fundamental que atraviesa la sociedad moderna: la del sistema frente al mundo interpersonal de la vida, la lógica de la racionalidad instrumental frente a la defensa de las identidades; o dicho de otra manera, la afirmación del proceso de subjetivación contra la racionalización, la de los individuos que quieren actuar y ser reconocidos como actores sociales, frente a los sistemas objetivos de técnicas, procedimientos e instrumentos (A. Touraine, 1992, 235s; 1994, 14, 154, 268). La dificultad máxima estriba justamente en que el "enemigo" no es como señala lúcidamente C. Offe (1992, 275) - una clase social o una

categoría de personas, sino un tipo abstracto de racionalidad dominante, en la cual estamos, además, sumergidos todos. Es esta dificultad inherente a la situación moderna misma, y no la carencia de imaginación intelectual o de visión política, lo que no facilita el acceso a estrategias de transformación viables y atractivas.

No hay síntesis posible, sino, quizá solo combinación o, mejor, tensión insuperable que debe encontrar una solución permanentemente renovable en el juego democrático. Por esta razón, la democracia hoy es este esfuerzo por gestionar y combinar ambos aspectos de razón instrumental e identidad comunitaria (Touraine, 1994, 272).

La apelación a las estructuras intermedias no es menos ambigua, como ya señalamos. En medio de esta cultura del "look", la imagen, la apariencia, el consumo y el cinismo, el rol educativo de la familia parece debilitado o semeja expandir los valores consumistas dominantes en la sociedad; la escuela hace tiempo que dejó de ser otra cosa que cooperadora del *Welfare state* y las iglesias viven tiempos de reclusión confesional; la memoria colectiva se descompone entre el proceso de homogeneización funcionalista y la fragmentación hasta el infinito de la pluralidad de grupos de referencia. Con todo, un cierto tradicionalismo populista parece volver como reacción a esta baja de valores "puritanos". Se encarece la moral del trabajo bien hecho, de la competencia, de la decencia personal, austeridad,... C.Lasch (1991b, 68) ve en esta reacción del tradicionalismo moral no la solución de los problemas, pero sí cierta llamada o desafío social. Quizá el futuro de la regeneración moral de la nueva sociedad camine por cierto redescubrimiento ecléctico de demandas y valores de las tradiciones liberal y socialista con aspectos tradicionales y de los nuevos movimientos sociales, esgrimidos críticamente contra los resultados de los procesos de modernización (Touraine, 1994, 272). De todas formas, lo que parece más claro son las limitaciones objetivas de la política pública para controlar o alterar los patrones de comportamiento social. Este pesimismo institucional (Offe, 1992, 295) cree que solo a través de iniciativas terapéuticas que se originen en la propia sociedad civil, tales como campañas de "aumento de conciencias", "cruzadas morales", exigencias de un cambio de la "forma de vida" dominante y formas de acción comunitaria, se podrá

esperar algún éxito.

La democracia, mejor, el proceso de democratización, aparece así ligado profundamente a la existencia de ciudadanos, de instituciones (intermedias) y de movimientos sociales que hagan sujetos conscientes de sus libertades y de sus responsabilidades. Sin esta acción de subjetivación de los individuos la democracia carece de fundamento sólido (Touraine, 1992,401; 1994,128s).

La democracia es una tarea permanente y una lucha. Un combate sin tregua contra el poder y contra el orden establecido; contra el intento de subordinarse al Estado, a la organización social, a los sistemas y tradiciones. El trabajo inacabado de supeditar el mundo de las cosas a los individuos y colectividades, a su racionalidad y libertad solidarias.

4. A MODO DE CONCLUSIONES

Tras el recorrido efectuado esperamos haber mostrado:

1. La necesidad de un fortalecimiento de una serie de valores y actitudes morales, sociales, comunes centrados en la dignidad de la persona, la libertad, la justicia y la solidaridad (ética cívica) para una sociedad democrática.
2. Esta necesidad general se hace especialmente notoria en un momento de enfrentamiento entre los sistemas funcionales (económico y político) -donde los comportamientos hobbesianos parecen más convincentes que nunca- y el flujo de identidades comunitarias.
3. La vinculación que ofrecen las actuales reflexiones sobre radicalización democrática con el proyecto de una revitalización de las relaciones asociativas básicas y estructuras intermedias (sociedad civil). Esta visión está recorrida por cierta contraposición entre los sistemas y la sociedad.
4. La estrecha ligazón entre sociedad civil y la dimensión institucional del mundo de la vida, como su dependencia de un tipo de interacción intersubjetiva, libre de coacciones, realizada por medio del habla común (acción comunicativa).
5. La reserva de sentido y de creación de solidaridades grupales, identidad, formación de actores capaces de responder de sus actos que

procura el mundo de la vida. Es el contexto formador de las identidades y de los procesos de entendimiento.

6. La imbricación entre sociedad civil, como lugar social de relaciones asociativas libres y su función integradora en la sociedad a través de la generación de actitudes de atención, solidaridad, justicia, con la ética civil, que es la dimensión moral de esta sociedad civil. Así mismo la vinculación con un espacio público (*Offentlichkeit*) para la formación de la opinión y voluntad política.

7. La relación indirecta y mediada que mantiene la sociedad civil con las grandes estructuras sistémicas de la política y la economía, lo cual hace comprensible su influjo en ellas como su neutralización y aun colonización por parte de los sistemas.

8. La necesidad de un análisis sociológico tanto del mundo de la vida como de las instituciones intermedias para explicar el mayor o menor influjo de la ética civil en el sistema político o económico.

9. La carencia e imposibilidad de una ingeniería social que maneje el mundo de la vida y la sociedad civil y su dependencia mas bien de una política del cultivo de la atención al otro, la solidaridad, y las instituciones o instancias que promueven estas actitudes. El fundamento de la democracia hay que buscarlo del lado de la cultura democrática.

10. El proyecto de una radicalización democrática está hoy en estrecha dependencia con una moralización en la línea de la revitalización de los intereses y de la promoción y revitalización de aquellas relaciones asociativas e instituciones que fomentan el "aliento ético" de la sociedad y los ciudadanos, sin perder de vista las instituciones del Estado de derecho. Los nuevos movimientos sociales serian un indicio social de un proceso que esta todavía por encontrar sus actores eficaces.

5. BIBLIOGRAFÍA

- BECK, U., (1993), *Die Erfindung des Politischen. Zur eine Theorie reflexiver Modernisierung*, Suhrkamp, Frankfurt.
- BELL, D., (1978), "Modernism and Capitalism", *Partisan Review*, vol XLV, 2, 206-248
- BELLAH, R.; MADSEN, R.; SULLIVAN, W.; SWIDLER, A.; TIPTON, S. (1986) *Habite of the Heart. Individualism an Commitment in American Life*, Perennial Library, N.Y., Cambridge, Philadelphia, etc.

- (1991), *The Good Society*, Alfred A. Knopf, N.Y.
- BERGER, P.; NEUHAUS, R. J., (1977), *To Empower People. The Role of Mediating Structures in Public Policy*, American Enterprise Institute, Washington.
- COHEN, J.; ARATO, A., (1989), "Politics and the Reconstruction of the Concept of Civil Society", en: A. HONNETH; T. MACCARTHY; C. OFFE; A. WELLMER, *Zwischenbetrachtungen. Im Prozess der Aufklärung*, Suhrkamp, Frankfurt.
- DAHL, R. (1992), *La democracia y sus críticos*, Paidós, Barcelona, B.A., México.
- DAHRENDORF, R., (1992) "Moralität, Institutionen und die Bürgergesellschaft", *Merkur* 46 Jq. 7, 557-569
- ETZIONI, A. (1993), *The Spirit of Community. Rights, Responsibilities, and the Communitarian Agenda*, Crown, N.Y.
- GALBRAITH, J. K. (1992), *La cultura de la satisfacción*, Ariel, Barcelona.
- HABERMAS, J. (1981), *Historia y crítica de la opinión pública*. Gustavo Gili, Barcelona.
- (1984), *Teoría de la acción comunicativa; complementos y estudios previos*, Cátedra, Madrid.
- (1991) "El futuro del socialismo occidental" en: *Leviatán* 43/33, 39-59.
- (1992a) "Tres modelos de democracia sobre el concepto de una política deliberativa", *Debats* 39, 18-21.
- (1992b) *Faktizität und Geltung. Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaats*, Suhrkamp, Frankfurt.
- (1994) Prefacio a la nueva edición alemana de 1990 de *Historia y crítica de la opinión pública*, Gil y Gaya, Barcelona.
- HOFFE, O., (1991), "Eine Entmoralisierte Moral: Zur Ethik der modernen Politik", *Politische Vierteljahresschrift*, 32 Jg. 2 302-316.
- LASCH, C., (1991a) *The True and Only Heaven, Progress and its Critics*, W.W.Norton, N.Y., London.
- (1991b) "Liberalism and Civic Virtue", *Telos*, n.88, 57-69.
- LÜBBE, H., (1987), *Politischer Moralismus. Der triumph der Gessinnung über die Urteilskraft*, Berlin.
- LYOTARD, J. F., (1983, 2 edic.), *Le différend*, Minuit, Paris.
- LUHMANN, N., (1988), *Paradigm Lost. Die ethische Reflexion der Moral*, Stuttgart.
- (1993), *Política en el Estado de bienestar*, Alianza, Madrid.
- MUGUERZA, J. (1988), "Un contrapunto ético: la moral ciudadana en los ochenta", *Arbor*, 129, 231-258.
- OFFE, C. (1989) "Fessel und Bremse. Moralische und Institutionelle Aspekte intelligenter Selbstbeschränkung", en A. HONNETH, T. MACCARTHY... *Zwischenbetrachtungen O.C.* 739-775. Ahora trad. cast., en: C. Offe, *La gestión política*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, cap.8, 321-359.
- (1992) *La gestión política*, O.C.
- PREUSS, U., (1990), "Instituciones democráticas y recursos morales", *Isegoría*, 2, 45-75.
- PETERS, B., (1993), *Die Integration moderner Gesellschaften*, Suhrkamp, Frankfurt.

Democracia y ética civil

- RORTY, R., (1989), *Contingency, Irony, and Solidarity*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, N.Y.
- TAYLOR, CH., (1994), "The Politics of Recognition", en: A.Gutmann (edit.), *Multiculturalism*, Princeton Univ. Press, Princeton, 25-75.
- THIEBAUT, C., (1992) *Los límites de la comunidad*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- TOURAINÉ, A. (1992), *Critique de la Modernité*, Fayard, Paris.
(1993), "La fiesta ultraliberal terminó", *El País*, 4.1-11.
(1994), *¿Qué es la democracia?*, Temas de hoy, Madrid.
- VIDAL, M., (1984), *Ética civil y sociedad democrática*. Desclée, Bilbao.
(1991) *Diccionario de ética Teológica, SVD. Estella*.
- WALZER, M., (1990), "The Communitarian critique of Liberalism, *Political Theory*, vol 18, n.1, 6-23.
(1992), "La idea de la sociedad civil", *Debats* 39, 30-40.
(1994), *Thick and Thin. Moral Argument at Home and Abroad*, Univ. Notre Dame Press, Notre Dame, London.